

Esta pandemia da mucho que pensar y no solo que lamentar. Hay que mirarla a la cara, hacerle caso y sacar consecuencias, que bastantes desgracias nos ha traído

1 ¿FRASCO QUE LLENAR O FUEGO QUE ENCENDER?

Alfons Garrigós (B)
Institut Manuel Blancafort, La Garriga

Enseño en un instituto público a chicos de bachillerato. Con el confinamiento de marzo, las clases se redujeron y las tareas aumentaron; pero mantuve, en ocasiones, una correspondencia personal que en el curso habitual no se daba. Comentaba personalmente cada ejercicio por correo y algunos alumnos respondían. Como si el escrito costara menos que el cara a cara en el aula o en el pasillo o, simplemente, fuera un remedo de las cartas en papel de toda la vida. Ahora, hacemos clases con las ventanas abiertas y las mascarillas puestas, menos un día a la semana en que hablo a una pantalla. A veces, alguien pide una aclaración o expone una duda. Con la pandemia me pregunto: ¿Acaso es importante el cara a cara para el conocimiento? Si conocer fuera tan sólo instruir, tal vez nada mejor que un tutorial por *youtube* ... No sé. Pero si se trata de algo distinto, por ejemplo, del sentido profundo de las cosas ... de intuir esa especie de fundamento que apenas se deja decir, pero que transluce en la manera como nos saludamos..., como empezamos la clase..., como nos miramos o procuramos escuchar al otro... ¿Acaso podemos percibirlo cuando interactuamos a través de pantallas? ¿Se trata, además, de algo importante a tener en cuenta en

la escuela?

Ivan Illich, profundo admirador de don Milani, dedicó la última etapa de su vida a reflexionar sobre los sistemas. Creo que coincidía con McLuhan en que *el medio es el mensaje*. Católicos los tres, ninguno entendía el sentido de la vida si no era encarnado, dotado de rostro y capaz de hablar, con todo lo que ello supone. Illich sostenía que los sistemas no son meros instrumentos, pero más poderosos, sino que convierten a la gente en apéndices suyos y aunque pretendan ampliar su capacidad de acción, en realidad los están transformando en otra cosa. Cada día está más claro cómo cada uno de nosotros se ve reducido a un conjunto de datos gestionados por algoritmos. De aquí, su prevención – por no decir resistencia – y la manera como Illich hablaba de toda relación humana mediada por pantallas.

En una línea similar, Giorgio Agamben publicó en mayo del 2020 un breve texto, de título apocalíptico pero con un análisis certero, sobre las universidades que se reconvierten en campus *on line*.

En síntesis, a mi modo de ver, tal vez la pandemia no sea tan solo un problema sino también una nueva ocasión para preguntarnos por lo verdaderamente importante en nuestras vidas y por lo que tendría que ser irrenunciable cuando se trata de transmitir, celebrar, recrear las palabras y las obras que encienden conciencias desde hace siglos. ¿No somos acaso los maestros portadores de esa especie de *buena nueva* del conocimiento que se reduce a afirmar que lo que alguien hizo o dijo hace siglos era también para ti y hablaba también de nosotros? Montaigne dijo que un niño no era una botella que llenar sino un fuego que encender ¿Podrá prender ese fuego a través de las pantallas?

